La Novela Cómica

FERNANDO LUQUE

UNA PASIÓN Y UN FRAC

10 cts.

DIBUJOS DE DEMETRIO

NO I Madrid, 29 de Octubre de 1916. Número 6

LA NOVELA CÓMICA

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publicará los domingos una novela o una obra teatral de éxito extraordinario

PRECIO DE SUSCRIPCION

PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Semestre	3,00	Semestre	**6,00**
Año	6,00	Año	**12,00**

NUMERO SUELTO, DIEZ CENTIMOS EN TODA ESPAÑA

Esta revista no acepta otros trabajos que los que solicite. — Toda la correspondencia al apartado de Correos, número 648.

Más de medio siglo de uso.—Universal en bebida y baño.

LOECHES

Agua mineral natural. — Purgante. Depurativa.

Jardines, 15. "LA MARGARITA" Madrid.

La Belleza por la Higiene.

Para obtener y conservar una espléndida cabellera usad *Higiene del cabello* "SOFAIL". Hace nacer crecer el pelo, favorece su desarrollo, evita su caída y limpia de caspa la cabeza. *Venta* en todas las buenas Perfumerías. Por mayor, Martín y Durán. J. Pérez Martín y Compañía.

PROHIBIDA LA REPRODUCCION Fot. CARTAGENA

El próximo domingo publicaremos en número extraordinario de 60 páginas y a **veinte céntimos**, la celebradísima obra en tres actos de los señores

PASO Y ABATI

EL ORGULLO DE ALBACETE

Irá ilustrada con caricaturas de nuestro genial **FRESNO**, tomadas directamente de los actores del teatro de la Comedia que estrenaron

EL ORGULLO DE ALBACETE

20 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA **20**

Gen. Mes. Sgm.

NÚMEROS PUBLICADOS

POR

LA NOVELA CÓMICA

El Amigo Melquiades

por Carlos Arniches.

El Modelo de Virtudes

por Pedro Muñoz Seca.

La Familia de la Sole

por Antonio Casero.

Las Pecadoras

por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.

La Sobresalienta

por Jacinto Benavente.

Una Pasión y un Frac

por Fernando Luque.

UNA PASIÓN Y UN FRAC

FERNANDO LUQUE

UNA PASIÓN Y UN FRAC

DOS MECHERAS QUE ENCIENDEN

Honorato Lapín y la señorita del "Comptoir" se timaban.

Una mano grosera, y una voz tan grosera como la mano, intervinieron en el *flirt*:

—¡Tenga usted cuidado, hombre! ¡Que me está usted pisando la cola!

Era le Rouchefoucauld, el dueño, que velaba por la integridad de su peletería y de sus existencias, que consideraba como la propia.

Así, la cola a que se refería en la reprensión no era fisiológicamente suya, como él daba a entender, sino de un *renard* blanco, al que Lapín estaba en deber de limpiar el polvo con un plumerito y no de pisar el extremo opuesto a la cabeza. Pero Lapín, al influjo de la blanda mirada de los fluídos ojos negros de la señorita del "Comptoir", se había dejado invadir por una languidescencia más propia de un vecino del Tíber que de un dependiente de "La orgía en pieles", gran establecimiento contra el frío, rue de Rivoli, 115, a pocos pasos del Sena.

Honorato, con los arreboles de la turbación en las mejillas, se reportó de momento, recogió de manos de su principal la cola que éste le había puesto ante la nariz y se lió a pegarla con el plumero, como si quisiese tomar feroz revancha de lo mucho que otras veces pega la cola.

Le Rouchefoucauld, luego de dar un gruñido sordo con dirección

a la señorita empleada, partió, mostradores adelante, lanzando sus características indicaciones:

—¡Le he dicho a usted que no me cuelgue nunca del medio!... ¡No me ponga usted el abrigo encima de la piel!... ¡No me tire usted así de los rabos!... ¡Ha cerrado usted la caja de la sibelina y me ha dejado usted fuera la cabeza!...

A la hora en que nos hemos introducido en "La orgía" se encuentra ésta en todo su apogeo, o hipogeo, como decía un ilustre egiptólogo. El local—que hacía una ese, quizá beodo de su enorme triunfo—era favorecido por una parroquia selecta e innumera, tan afanada en comprar, que se dijese víctima de una suerte de "enfermedad de la piel", hasta tal grado de fiebre, que en este concepto resultaba una parroquia sin cura, cosa desusada en una parroquia.

A nuestro buen Honorato, vuelto a la fila de dependientes, le enfiló una señora metidita en carnes y en años.

El joven Lapín, en virtud de extrañas y estrambóticas "afinidades eléctricas", que dijo el señor Goethe, era el predilecto de las ajamonadas.

Bien es cierto que los ojos de Lapín eran un madrigal: claros, serenos y de mirar dulce, a lo Gutierre de Cetina; cuando se enternecía se tornaban en cerúleos, al estilo de los que lució Jesús en la fiesta del Prurim, y cuando el apasionamiento se enroscaba en su sensibilidad adquirían un tono color guinda, viniendo en ser la dulzura de su mirar de un dulce de guinda.

A este singular encanto había que añadir el de sus cabellos, que si no eran precisamente como los de la acreditada Mariana, se bastaban por sí solos para enredar en sus rizos el corazón más adoquinado de señora. Sobre todo, la onda que le partía la frente en dos, no sabemos si por gala o por martingala, provocaba el desequilibrio.

Demetrio

Por lo demás, era corto de piernas, largo de cuello, ancho de cara y estrecho de hombros; y su voz recorría en una sola palabra las inflexiones del caramillo y las de la zambomba.

No obstante lo cual, se comprende que las obesas le fueren propicias.

La que se dirigió a él en el instante de conocerle nosotros, obtuvo un desdén como una ducha.

Y fué debido a que de un modo simultáneo a su aproximación hicieron su entrada en el establecimiento dos imperiales hembras, dos magníficas damas, cuyo lujo y cuya exquisitez de formas la tomaron con los nervios de los señores adyacentes.

Honorato se fué a ellas como una bala.

—¿Qué desean las señoritas?

Las señoritas se detuvieron en su raid y envolvieron al mozo en una doble mirada, más bien cuádruple, si se toma en consideración la de cada ojo.

Honorato sintió como si le cloroformizasen. Y una voz que gorjeaba:

—Deseamos "martas" muy finas.

¡Ah, el deseo! ¡La evocación del deseo por aquella boca bermeja!... ¡Un cáustico sobre el corazón! ¡Ah!—Esto se pensó el sensible Lapín, en tanto respondía banalmente:

—Bien; las tenemos *finismas*. Son de "martas" que en vida saludaban con gran corrección a sus amistades. Vean ustedes.

Pasó al mostrador, tiró de unas cajas y puso ante aquellos cuatro ojos de ensueño unos *echarpes* del Canadá.

—¡Qué grosero!

—¡Señora, yo!...

—Murciano el género de estos *echarpes*.

—¡Ah! ¿Es posible?

—¡Vaya! ¿Verdad, Hugolina?

La llamada Hugolina, que se había sentado deliciosamente fatigada, contestó con cierto acento de indígena de Caracas:

—Sí, hija, sí. ¿No los tiene más finos?

Lapín precipitóse, todo amable:

—¿Cómo no, señora? Esta casa es la mejor surtida. Tenemos las diez y ocho clases en géneros finos y las cuarenta en bastos.

—Enséñenos usted las diez y ocho.

El sensitivo mancebo fué colocando sobre el mostrador pieles y

más pieles... pero ninguna subyugaba a las bellas. La única que parecía serles de su gusto era la de Honorato, a juzgar por lo que le asaetaban con los ojos estriados de cierta gachonería sensual.

La que se mantenía en pie gustaba de pasar las manos sobre las "martas"... y de equivocarse, pasándola también sobre los dedos del dependiente. A Lapín, entonces, se le nublaba la vista y se le soleaba la región cardíaca. ¡Cómo podía encontrar fina piel alguna aquella hembra, si tenía el cutis de armiño!

La que se hubo de abandonar en un asiento no parecía ser menor partícipe en la afición al hortera, por cuanto le contemplaba en un éxtasis de gata, y a la postre salió de su apoteosis felino ara decirle, señalándole el bucle prodigioso que le caía sobre la nariz:

—Diga usted, joven, ¿se riza usted el pelo?

El joven sintió tal que si la mano de un ángel le pulsase todas las fibras del corazón, como quien toca un arpa. Y contestó tartamudeando de vergüenza:

—Señora, lo que está rizado *per sé* no es posible rizarlo. Eso de "rizar el rizo" se queda para Pegoud y otros aviadores.

Sonrieron las damas aquella flor del ingenio de peletería, y a punto estuvo éste de caer al suelo desvanecido ante la singular belleza que se espandió en los rostros de las carilindas consumidoras.

Es decir, como consumidoras—aparte la paciencia de los comerciantes—no debían serlo en gran escala, por cuanto, al menos esta vez, torcieron de improviso el gesto, hicieron tender el vuelo a las palomas que se traían por manos y que habían posado en la montaña de pieles, y prorrumpieron casi a dúo:

—No nos gusta nada. Sentimos mucho haberle molestado; pero este género que usted tiene es muy inferior y le va a ser muy difícil hacerlo pasar por fino. Que usted lo pase bien, joven.

—Se hará lo que se pueda, señoras.

Las acompañó hasta la puerta, donde, con la mano en el agarrador, les hizo una reverencia muy siglo XVII; y como notase que se dirigían hacia un "taxi", se precipitó a la calle y les abrió la portezuela del vehículo.

Ellas le pagaron tan versallescas atenciones rociándole de sonrisas.

—Mil gracias, mi amigo.

—Con Dios, *amigaso*.

—A los *pieses* de ustedes.

Partió el "taxi". Un momento aun estuvo Lapín al borde de la acera,

envuelto en el encanto de aquel enervador perfume "Chevalier D'Orsay", que le dejarán por recuerdo.

Después volvió a la tienda, andando como un lunático o como un kurdo curda. No hay datos concretos.

Allí la sorpresa, el revuelo, el lío... Dependientes que saltan el mostrador... Parroquianos que abren la boca... Le Rouchefoucauld que se le echa encima dando voces:

—¡Es usted un percherón!

—¡Señor le Rouche!

—¡Lo he visto al retirar el género!... ¡Me han robado una piel de 5.000 francos!

—¿Cómo?

—¡Llevándosela, estúpido!... ¡Corra, corra tras ellas y no vuelva por aquí sin haberles arrancado la piel!...

Honorato se disparó a la vía pública.

El "taxi" era un punto en el infinito de la rue de Rívoli.

Vió el imposible.

—¡¡Mecheras!!—dijo balbuciente.

Y se desplomó sin sentido común en los blondos brazos de una jamona rubia que acudió muy a tiempo. Como tonta.

IL HOMO E MOVILE

Hemos presentado a Honorato Lapín entre abrigos de señora y señoras de abrigo porque con ello nos revelamos, al hacer su descripción dinámica, de hacer su descripción psicológica.

Ya han visto ustedes hasta qué punto de emoción y hasta qué punto de "taxis" le arrastraban las femeninas excelsitudes.

Concretando. Era un hiperestérico en grado de acefalagia.

¡Rediez! ¿Para qué decir más?

En la ocasión en que le hemos conocido, no sólo perdió la cabeza sino el empleo.

Le Rouchefoucauld le despidió con una energía de 500 voltios

Lapín, lamentando verse en la calle y, sobre todo, a una hora en la que no tenía costumbre, decidío aprovechar lo extraordinario y fué en busca de su novia—la rosada Rosina—que cinco minutos más tarde habría de salir de "Le Printemps". en cuya sección de servicios prestaba sus paraguas..., digo, no, al revés en cuya sección de paraguas prestaba sus servicios.

El "metro" le ahorró en tres minutos con quince céntimos los 800 metros que le separaban de "La Primavera"; pero por poco llega en pleno verano y se queda al fresco, por cuanto un minuto más tarde "La Primavera" empezó a echar flores, en forma de jovencitas, por su planta baja.

Hónorato, al ver aquella planta tan floreciente se sintió asimismo "primavera", y dió en echar flores a las flores.

Su novia le sorprendió diciéndole a una bajita de pelo marrón:

—Con muchas castañas como usted me río yo del cólico.

Si Rosina hubiera sido española, allí mismo le hubiese abierto el vientre; pero como buena parisién se contentó con meterle el hongo hasta la ternilla de la nariz.

La mujer civilizada sabe que el ridículo es en muchos casos más truculento que la muerte.

—¿Qué has hecho, criatura?—exclamaba Lapín, esforzándose en salir del sombrero—¡Eres una diablesa!

Y la diablesa y el coro de transeúntes reían a Moka vertido.

Pasada la broma se emparejaron ambos amantes al uso, de esta guisa: unieron sus manos opuestas, entrelazando los dedos; pasó ella el brazo suyo bajo el codo de él y se apoyó los diez dátiles unidos sobre la cadera.

Este es un hábil refinamiento de yunta pasional, que aun no se ha introducido en España porque somos atávicos atrabiliarios y catetos en el "arts amandis" y en el "arts palpandis".

A Rosina, aquella noche le brillaban las pupilas más que de ordinario y encercaba el cuello con la gracilidad de una pata (claro está que nos referimos a la hembra del pato).

Lapín, por el reverso, se embozaba en una tristeza que le identificaba con su hongo.

—Hoy estás muy triste, Honorato.

—Y tú muy alegreta, Rosina.

—Porque poseo motivos.

—¿Sí?

—Sí; has venido a buscarme muy acertadamente. Figúrate que tengo dos butacas de anfiteatro para el "Odeón".

—¡Dioses benévolos! ¿Qué escucho?

—Lo que oyes.

—¡Ya!

—Vamos a ver "El último Médicis".

—¿Qué me dices?

—¿No, te digo que el último?

—Repito que ¿*qué* me cuentas? ¡La obra de moda!

—Ahí tienes.

—Venga.

—Ahí tienes lo que son las cosas.

—¡Ah!

—En mi sección ha estado esta tarde la protagonista.

—¿La gran Monna Dolchè?

—Sí; con el tío ese que la sufraga.

—¿El tío de la Monna?

—El mismo. Son clientes. Yo voy muy a menudo a su hotel a llevarles los últimos gritos de la moda en paraguas. Sin duda les he sido agradable.

Y hoy, ella misma, me ha puesto las dos butacas en la mano.

—¡Vaya un pulso! ¡Ni la mujer cañón!

—No tontees. Oye, ¿quieres que comamos juntos?

—¡Rosina! ¡Eres adorable de polo a polo!

—Calla... y no explores.

—¡Oh, cómo te amo!

—¿Qué hora tienes?

—Las ocho y ocho.

—¡Magnífico! Vamos al *restaurant* Duval. Tomaremos un "autobus". ¿Te parece?

—Yo prefiero tomar un aperitivo.

—Eso no *conduce* a nada. Nos va a faltar tiempo.

Lo que nos va a faltar es dinero y como nos falte dinero nos va a faltar el mozo.

—¿Cuánto tienes ahí?

—Si te he de ser franco, ni un franco.

—¿Tan mal andas?

—Peor que el presidente del Consejo español.

—¡*Uh, là là*¡... Pero no te apures, querido. Yo estoy en grande. ¿Eh? ¿Qué te parece tu chiquilla?

—¡Una chica en grande!

—Y lo pagaré todo, todo, todo.

—¡Te idolatro, perla del Gresibaudan!

—¡Panegiriaco!

—¡Anémona!

—¡¡Cobista!!

Como era de esperar, ambos tórtolos llegaron al teatro a la hora de la sopa, por culpa del postre de mimos y de las *hors d'ouvres* de carantoñas que se sirvieron en casa de Duval.

La batería estaba encendida, el anfiteatro lleno. Rosina y Honorato

hubieron de pasar a sus sitios como quien anda por la cuerda floja. Rosina pisó a una señora, muy delgada y muy larga en ambos pies (y la hubiera pisado en todos los que hubiese tenido), arrancándola un grito de contralto parecido a los que da Kúndry en *Parsifal*. Y Lapín se vió en la dura precisión de apoyar una mano en la cabeza de un joven con lentes, torciéndole la raya.

Empezó la obra, de ambiente florentino. El asunto se dejó ver a la cuarta escena. Dos después apareció la protagonista, en *toilette* de dogaresa de postín.

Un rugido quedó ahogado en el tiroides de Honorato. Se le dilataron las pupilas, se le separaron los dedos entre sí... Su capote oyó que le decía: "Querido Padre Eterno: ¿Puede ser verdad tanta hermosura?"...

El hijo de Venus y Marte, encaramado en la araña central del techo, con el arco aún tembloroso, se reía las tripas.

Y en verdad que la protagonista era hermosa. Más bien que hermosa era linda; linda, eso es; casi casi tan linda como la acreditada Linda de Chamonuix; gozaba de una belleza de *frutero*, de aparato de luz, de copa de champagne, de todo lo frágil y todo lo decorativo. Además, sin duda, era toda ella cartilagoginosa e inarticulada... Aquella mujer no tenía ángulos rectos ni huesos... Aquella mujer estaba *montada al aire* como piedra preciosa. Su cara era un sueño de Baudelaire, en pleno *hasschíchismo*: la perfección exaltada por lo artificioso. Sus brazos, cuellos de pelícanos. Sus movimientos, ondulaciones...

—¿Es Monna Dolche, caballero?—preguntó Lapín al vecino.

—Lo ignoro; yo llegué ayer tarde de Rouen; pero me parece que no es Monna.

—¿Cómo que no? ¡Es *monnísima!*

—Es la Dolche—intervino Rosina encelada—; pero cállate y no seas ganso.

El aludido se quedó con los ojos fijos en su interlocutora.

—Está bien—exclamó luego tranquilamente.

Y volvió a embeberse en la actriz.

¿Por qué tamaño escepticismo ante aquel *ganso* tan molesto con que acababa de obsequiarle su midineta?

¡Ay! Nosotros lo sabemos bien. Era todo un derribo sentimental. Honorato, al contemplar a Rosina, comprendió "ipso facto" que luego de haber visto a la Dolche no había amor posible para una sencillita dependiente de "Le Printemps", por muy "printemps" que se fuese.

Vuelto a la observación de la mujer-sierpe, su cerebro recibió por

radiografisiología interhumana una orden irrefragable: "Esta hembra ha de ser tuya. Tú has de catar esta Dolche. Tú has de coger esta Monna".

Aquella orden se linotipó en su voluntad.

Inadmisible toda vacilación o consideración. Nada. El cuarto de hora de la cómica o el infinito del tiempo en el "no ser".

La dogaresa era ya algo consubstancial a su vida, que sin ella carecía de objeto y de sindéresis.

Lapín leía de corrido en el misterio de las causas finales: él había nacido para beber el almíbar del sensualismo en aquellos labios que estaban ahora diciendo junto a las candilejas:

—Je me donne d'un morçeau de fromàge
que le dernier Mèdicis il retourne ses
yeux vers moi!...

¡Oh! ¡Qué encanto!

El Genio de la Especie, poniendo cara de mal genio, gritó al oído del ex hortera: "No dilapides un minuto. Huye de tu insignificante barragana. Ve hacia el ideal de tu ideal hecho carne".

Honorato, al igual que don Alvaro, sintió sobre sí la fuerza del sino. ¡Ah, los *biceps* de la predestinación! Y encontrándose en un extremo del anfiteatro, aunque en la fila cuarta, pero junto al callejón de salida, echó una pierna fuera y empezó a estirarla, tratando de tocar tierra firme. En vano, aunque distendía todos los músculos...

Sintió que le cogían la pantorrilla. Era un acomodador con calzón corto, todo fino.

—Caballero, que se le sale a usted esta pierna.

Tuvo que sonreir como pudo. ¡Tenía cortada la retirada! Rompió a sudar. De repente, durante una escena interesantísima el acomodador se retiró. Rosina era toda ojos para el escenario. Lapín inició de nuevo el mutis... Y tuvo un éxito loco.

Sin ser advertido se escurrió de la sala. Bajó varias escaleras y enfiló el paso a los cuartos de los artistas.

Pero en la entrada del pasillo de acceso se le interpuso una cafetera. Una cafetera cuyo mango continuaba en un brazo extendido, el cual se hallaba pegado a un acomodador zanquilargo que tomaba café.

—¡Eh, amigo! ¿Dónde se va?

—Al cuarto de la señorita Monna Dolche.

El de la cafetera se quitó el pitorro de la boca y contempló a Honorato de abajo a arriba.

—No se puede.

—¿Cómo que no?

—Hay que venir de etiqueta.

—Me pondré la de un frasco.

—Resultará usted un fresco. Y no es lo mismo.

—Yo necesito entrar de cualquier modo.

—Pues de cualquier modo no puede usted entrar.

—Pero...

—¡He dicho que no!—apuró la cafetera y la dejó de golpe sobre una silla.—¡¡Y esto se ha *acabao!!*

Honorato Lapín se quedó de una pieza. El Genio de la Especie se acababa de estrellar contra un acomodador zanquilargo.

EL MISTERIO DE LOS CRISANTEMOS LILAS

Aquella noche, y en igual instante, no sólo era Honorato al que la bella Monna tenía extraídos de sus casillas respectivas.

Dos hombres más, dos varones ilustres; de rancia prosapia el uno y de flamante fortuna el otro, eran, simultáneamente al simple peletero, víctimas de la inquietud que provocaba aquella enervante mujer de los brazos como cuellos de pelícanos.

El barón de Torino, pálido y anguloso, con su margarita de los Alpes en el ojal del frac, su *monocle,* su pelo moreno mate, de *lazzaroni* napolitano y su etiqueta de aburrido, se sentía próximo a romper a hervir en la penumbra de su palco, prendida su vista de dulzura de dogo y de fulgencia de daga en la representación.

Momentos antes había hecho sonar el timbre del antepalco. Se presentó un botones que parecía una bombonera de capricho. El aristócrata, con ademán indolente, cogió de una silla próxima un gran *bouquet* de crisantemos lilas y puso en su centro una tarjeta que inmediatamente dió al ramo apariencia de una planta catalogada.

—Toma; ya sabes.

Era la quinta noche que hacía lo mismo. Es decir, lo mismo, no. Esta vez, la colocación de la tarjeta era un extraordinario. Las noches anteriores el ramo había ido solo y había llegado a su destino con su perfume natural, exacerbado por el del misterio.

¿Era un ardid de seductor sagaz? ¿Era tan sólo una timidez? ¿Era un gesto de puro sentimentalismo?

¡*Chi lo sà*!—dicho sea en la lengua del propio barón.

Nosotros, con el arremango que nos caracteriza, en esto de bucear por el océano de las almas, vamos a descorrer el *portier* que cubre esta incógnita.

El barón de Torino, desde su más tierna infancia, había sido lo que se dice todo un *boy-scutt* del amor y sus liviandades. A la hora de ahora, fatigado ya en la madurez de su juventud y sintiéndose como Xèrxes, que daba su reino por una nueva voluptuosidad, o como el sibarita Smyndirides, que pasó una noche sin dormir porque se había doblado uno de los pétalos de rosa que se hacía poner en su lecho, no era sino un esclavo de la implacable neurastenia.

La pasión que la Dolche le había engendrado en el pecho—tal que un Fénix de amor—era para él la alegría del tuberculoso al borde de la tumba y la esperanza del arruinado al borde de la timba. Consideraba aquella inesperada fiebre como una enfermedad profiláctica y la cuidaba como si se tratase de su salud. ¡Qué cosas más raras! ¿Eh?

Así, se andaba con tiento en todo lo que a ello se refiriese, y abandonando sus rudos procedimientos de viejo don Juan tomó un camino de adolescente Romeo. Y por eso encomendó a los melancólicos crisantemos el papel de heraldos de su afección cardíaca...

Que se picase la curiosidad de la Dolche. Ahora su tarjeta, con la clave del enigma, para que se rascase a gusto...

Convengamos en que era un neurasténico *de pronóstico.*

El otro personaje, al que aquella noche preocupaba la *dogoresa* sin huesos, era su actual querido, el propio general Rodríguez, ex presidente de una República sudamericana, de la que salió oculto en un cargamento de plátanos, porque sus feroces prácticas gubernamentales suscitaron una revolución de *pelaos* que ardía el pelo.

Era una bestia entorchada. Se decía de él que en su país, cuando se constituía un grupo político contra su brutalidad, citaba en el palacio de la Presidencia a todos los miembros invitándoles a comer, y conforme iban llegando, al darles la mano alzaba violentamente la rodilla y les partía el brazo izquierdo por el húmero. Y lo realizaba con tal tranquilidad que conforme los partía los iba contando: "Húmero uno, húmero dos, húmero tres..."

¡El sarcasmo!

Este pequeño brochazo de su silueta espiritual nos elude dar una idea de cómo le sentarían los crisantemos del barón de Torino. Peor que la mojama. ¡Y era diabético!

Dos horas antes había tenido con Monna el siguiente diálogo a lo Verlaine:

—Tú eres una mula, Monna; pero yo soy un bisonte y acabaré contigo de mal modo.

—Me tiene sin cuidado que te sientas Vicente...

—¡Bisonte!

—Bueno, bisonte o lo que sea; tengo la conciencia tranquila; sólo lamento lo injusto de tus reproches.

—¡Reproches! ¿Y esos crisantemos?

—¿Cuáles?

—Los que no tardarán en venir.

—Ya sabes que los trae un botones y que se niega a decir quién le envía.

—A ese botones habrá que abrirle un ojal en el tórax.

—Procede como gustes. Yo te juro que no sé de dónde pueden proceder esas flores.

—¿De dónde? De cualquier galanteador. De cualquier caballerete a quien tú te diviertes en excitar desde la escena.

—¡Claro! Como que yo declamo echando café.

—Tómame la greña encima, anda; anda a la greña, tirana depilatoriá.

—El tirano lo eres tú, que no me dejas vivir con tus ridículos celos.

—¿Qué dices? ¿Celos de una cómica, todo un presidente de República? ¡Te viene ancho!

—Puede que sí; porque me estás haciendo adelgazar a sofiones. En la bronca de ayer he perdido tres kilos.

—Pués pon un anuncio.

—Lo que voy a poner es un término a nuestra amistad.

—¡Dílo otra vez y te piso el estómago!

¡Qué galantería! ¡Tú me crees un *pelao*!

—¡Y tú me crees un poeta melenudo! ¡Y mi melena es de león, aunque me dé cosmético!... ¡Ah, víbora! Medio millón de pesos he derrochado en ti, y ahora que ya me ves falto de pesos quieres jugar conmigo. ¡Con Rodríguez no juega ninguna actriz!

—¡Y tanto! Necesitas una domadora.

—¡¡Vete o te descompongo por piezas!!

—¡¡Indio!!

—¡¡¡Artista!!!

Para aquel hombre de pampa, fundido al sol del trópico, la palabra *artista* era el peor insulto que se podía inferir a una persona.

La Dolche salió de su cuarto transformada su ondulación natural en oleaje violento. Era preciso romper con el tirano. Pero, ¿cómo romper sin fractura? *Ecco il problema.*

Al hablar en italiano, dediquemos un pequeño recuerdo al dulce barón de Torino que acababa de enviar sus flores melancólicas en dirección al gabinete donde el brutal Rodríguez se había quedado solo, paseando como un león calenturiento.

LAPIN TIENE IDEAS DE CHATO

Lapín, ante aquel acomodador de mampostería, se daba un airecillo a Napoleón ante las Pirámides.

Las Pirámides, en este caso se habían puesto á leer "París minuit". Entonces Honorato tuvo una idea diabólica, digna de Astaroff.

Como resignándose a su suerte, lió un pitillo y llevándoselo á la boca lo encendió tranquilamente con una cerilla, de esas especiales para días de viento. Después arrojó la cerilla... pero con suavidad y hacia un sitio determinado; inmediatamente, y haciéndose el loco, empujó el fósforo con el pie... La llama se puso en contacto con el extremo de la cortina lateral de la puerta, a la que empezó a lamer de un modo siniestro.

Honorato se retiró dos pasos contemplando con los ojos bizcos el humo que echaba por las narices.

El acomodador de mampostería separó los ojos del periódico y dijo con el gesto, *acordeoneando* su bigote: ¡Requince! ¡Algo se quema!... ¡Sí!... ¡Sí, sí!... ¡No me cabe la menor de las dudas!... ¡Vaya!...

Una llamarada le atufó los pies, vió la cortina ardiendo francamente.

¡¡Esto está que arde!!

Primero se lió a puntapiés con ella, luego le tiró la gorra, y, por último, arrojándola de un tirón al suelo echó mano a la otra cafetera, que sin duda estaba reservada para otro y le enchufó un chorro rubio de café con leche, que sofocó el incendio como el más acreditado extintor.

Mientras tanto Lapín, listo como una ardilla, se deslizaba por el quicio opuesto...

¡Eureka!

Lanzamos aquí esta exclamación de Arquímides, aunque sabemos lo cursi que se ha puesto desde que es una marca de calzado. Que conste así.

En el pasillo, por continuar la representación, no había nadie. Lapín vió el cielo abierto en una puerta entreabierta. Asomó media cara. Un hombre enjuto, con jubón acuchillado, se ponía unas medias a listas de batelero presumido.

—¿Tiene la bondad de indicarme el cuarto de la señorita Dolche?

El batelero, abriendo con un pie la puerta, se lo indicó con el otro.

—Aquel de enfrente.

—Muchas gracias.

Honorato se dirigió a la puerta indicada, ahogado por una emoción más honda que una cima del Atlas. Ante el picaporte tuvo un acceso de sentido común. El entraba en el cuarto; pero ¿cómo le *entraba* a la

actriz? Eso era lo difícil. En su perplejidad y sin saber lo que se hacía, inclinóse para aplicar un ojo a la cerradura.

Alguien le tiró de la americana.

—¡Eh, amigo!

Era el botones con el *bouquet* de crisantemos lilas.

—¿Qué?—preguntó Lapín, con cara de tonto.

—Que voy a llamar ahí.

—¿Aquí?

—Sí, con que ahueque.

Pero Honorato no *ahuecó* ni la voz. Una ocurrencia genial le cruzó el cerebro como un aerolito.

—Ese ramo es para la señorita Monna Dolche, ¿verdad, guapo mozo?—y le puso campechanamente una mano en una paletilla.

—¡A ver!

—¡Qué hermoso!... ¿Me dejas olerlo?

—¡Anda qué gracia!... ¡Si estas flores no huelen!

—¿Quién te ha dicho a ti eso? Lo que sucede es que para percibir su perfume hay que tener la nariz respingada como yo. Trae, verás.

Lapín cogió el *bouquet* de manos del botones, que estaba a punto de dejarlo caer al suelo, porque se le aflojaron los músculos en virtud de la risa que le diera ante la memez del fisgón. Y haciendo como que lo olía con deleite, metiendo en él hasta los carrillos, cosa que acrecentaba la hilaridad del muchacho en términos que se le derribó el gorrete sobre los ojos, escamoteó con la limpieza de un prestimano la tarjeta del barón de Torino y puso otra en su lugar.

Hecho esto devolvió el *bouquet* al botones, quien, sorbiendo las lágrimas de su risa, dió con los nudillos en la puerta del cuarto.

Honorato, de espaldas, oyó la voz de una doncellita.

—¿Qué quieres?

—Este ramo para la se...

Y, de pronto, una voz tremenda y hombruna.

—¡Que pase ese chico!

¿Quién sería aquél? ¡Bah! Algún criado, algún autor de la casa o el viejo protector... Nadie, en fin, para él, que representaba a Gerineldo.

Empezaron a temblarle las carnes.

Pasaron catorce segundos, uno tras otro, por el pasillo...

Salió el "botones".

—¿Qué, pequeño? ¿Te han dado algo?

—Sí; un recadito en calderilla.

—¿Le ha sentado bien los crisantemos?

—¡A ver si cree usted que se los ha comido!

—¡Ay, qué *salao*!... Anda, díme qué recadito es ese.

—Que le diga que venga, para darle las gracias.

—Muchas ídenes, hermoso. Mira, toma estos veinte céntimos, cómprate dos severinas y cómetelas despacito, antes de darle la respuesta al señor barón. ¿Eh?

—¿Dos severinas? ¡Un cuerno!

—Te va a hacer daño, criatura.

—Yo me compro un puro.

—¡Ah, bueno! Por mí como si te quieres comprar un impermeable.

El muchacho se fué dando saltos de canguro joven. Y nuestro buen Lapín quedóse en la actitud y con el gesto del novio que acaba de apretar el timbre del domicilio de su amada, a cuyo padre le va a pedir cualquiera de las manos.

Se corrigió el nudo de la corbata, se retocó el bucle de la frente, se sacudió las mangas, se estiró el chaleco fantasía, que—y ya es hora de que lo digamos—era una completa aurora boreal, y dejando escapar un suspiro por la válvula de su emoción, *tac, tac, tac,* dió tres golpes en la puerta, que sonaron a codorniz.

Abrió una mano misteriosa.

Y Honorato entró, gentil, decidido...

Fué instantáneo; se oyeron dos bofetadas atroces y se vió reaparecer a Honorato, a metro y medio del suelo, como un zeppelín en fuga que aterrizó en el pasillo con la barriga y las narices: ¡¡poff!!

Tras él, un *taube*: su hongo, que fué a estrellársele contra el occipucio: ¡¡paff!!

En seguida el ramo de crisantemos, que fué a caerle en plenas nalgas: ¡¡puff!!

Pero no esperó a que levantasen su cadáver. Se alzó rápido, cogió el sombrero y apretó a correr... ¡Un "Packard"!

El acomodador de mampostería no pudo explicarse qué era *aquello* que le había pasado ante el bigote.

.....

Un minuto después, el señor barón de Torino llegaba ante la puerta del camerino de Monna; hallaba su *bouquet* en el suelo como una gallina cadáver; tomaba el caso como una grosera respuesta a su galanteo, y rojo de cólera entraba en tren de Atila en el cuarto de la actriz, donde iba a verse cara a cara con el general Rodríguez, que, tranquilamente, se bajaba las mangas del frac...

—¡Caballero!

—¡Señor mío!

—Puede saberse quién ha tirado estas flores?

—A ustel qué le importa?

—¡Eso es una coz!

—¿Está usted seguro?

—Con póliza.

—Pues ésta es mi tarjeta.

—Y ésta le mía.

¡*Parbleu*!

CUANDO EL AMOR MUERE

(*Capítulo boston.*)

Volvamos al anfiteatro después de este retroceso por las tablas.

Rosina no se dió cuenta del mutis de su novio con motivo del momento dramático en que el último de los Médicis rompe a llorar el desvío de la dogaresa. Porque se volvió a decirle:

—¡Hay que ver!

Y se encontró con que no vió a nadie. Al principio se quedó estupefacta; pero luego consideró que bien podía su Honoratín haber sido víctima de una de esas arbitrariedades de los órganos digestivos que conducen a la demencia y al "0,15 con lavabo", sin dar tiempo ni a poner dos letras al juez, por si la cosa no tiene arreglo.

Mas transcurió el tiempo, terminó el acto y Honorato Lapín seguía como Mambrú: sin volver.

Los nervios de Rosina la echaron fuera del anfiteatro. Le buscó por doquiera. (¡Pardiez, qué clásicos somos!) Subió, bajó, acechó; ¡nada!... ¡Ni sombra del amado!

Le asaltaron terribles sospechas. ¿Se habrá sentido enfermo y habrá ido a morirse a la calle, por ahorrarme un espectáculo desgarrador? ¿Se habrá vuelto loco de pensar que le he llamado ganso y andará por ahí dando carcajadas?... ¿Estaré yo dormida?

Rosina se pellizcó un brazo con tal fuerza que se le escapó un ¡ay!

Cierto caballero que pasaba en aquel instante por el *foyer* se detuvo solícito:

—¿Le sucede a usted algo, señorita?

—No... no... nada. Mil gracias.

Se miraron a los ojos. El caballero se llevó un dedo a la chistera y se alejó hacia la salida del teatro.

Rosina le vió marchar como un chico que contempla un conejo mecánico...

Aquí el conejo era el barón de Torino.

Su espectadora sintió de pronto una gran angustia y, en congoja creciente, rompió a llorar sin ruido... ¡La *poverina*! ... ...

UN FRAC QUE LLUEVE DEL CIELO

Honorato paró a ochocientos quince metros del "Odeón", entre la fronda de un jardín obscuro. Allí se detuvo, hizo un balance de sus principales órganos, por si le faltaba alguno, y después se sentó en un banco para darse un escrupuloso masaje en la ternilla de la nariz.

Trató de ordenar sus ideas, pero le fué imposible. Sin duda esas cosas que se llaman ideas se le habían caído en la fuga.

Recordaba—eso sí—el momento en que había entrado todo conmovido en el cuarto de la Dolche, creyendo ver la ideal figura de Monna, y se había encontrado un tio bruto con los brazos al aire que le preguntó, enseñándole su tarjeta:

—¿Es usted don Honorato Lapín?

—Para servir a usted.

Y por lo visto le había servido de pelota, porque sintió que aquel hombre se le tiraba a la cabeza convertido en martillo-pilón. Luego, ¡el caos!

¡El raid! ¡El *record* de altura en seres humanos!... ¡El aterrizaje de

rana en el pasillo!... ¡La carrera diabólica en alas del instinto de conservación!...

Vuelto un tanto a su serenidad, pudo poco a poco irse haciendo una pregunta con lógica: ¿Quién será ese elefante?

La respuesta no pudo dársela de momento porque no estaba para reflexiones tanto como para unturas; pero a los cinco minutos se encontró con suficiente cantidad de cerebro para contestarse. Y se dijo: "Ese elefante es el amigo de Monna; luego mi fracaso no ha sido fracaso de amor, sino de celos; ese hombre me ha pegado porque me odia; si me odia es porque me teme, y si me teme como rival en amores es porque ve en mi belleza un peligro. ¡Ah! ¿Es peligroso que yo vea a Monna? Luego Monna en cuanto me vea me amará. ¡Mon Dieu! ¡Yo he de ver a Monna! ¡Y Monna ha de ser mia! ¡Mia! ¡Mia, sí! ¡Mia! ¡Mia!..."

Dejó de maullar y se le nubló el rostro. La imagen del acomodador que tomaba café se le apareció en facha dantesca. ¿Cómo volver a pasar?... ¡Oh, un frac, señor; un frac y realizó el sueño de mi vida! Porque la vida es sueño, que dijo Segismundo.

Después de citar a Segismundo, abandonó el banco y echó a andar, lento y cabizbajo, como hundido por la pobreza de su vida en general y de su americana en particular, que ponía entre él y la actriz un bache infranqueable.

Enchufó el puente de Enrique IV, sobre el Sena.

Alzó los ojos para clamar de nuevo: "¡Un frac, señor, un frac!" Y descubrió un bulto elegantísimo que trepaba por el parapeto.

Se precipitó.

—¡Caballero! ¿Dónde va usted?

—¡A la eternidad!

—¿A la eternidad? ¿Con ese traje?

El caballero lucía un frac correctísimo.

—El caso es morir.

—¡Morir! Pero ¿es posible que quiera usted morir de etiqueta? ¡Siendo tan grato vivir cuando se viste bien!

—¡Bah! Usted qué sabe, pollo. Hay contrariedades que desnudan. ¡Ea, déjeme usted en paz... en la paz de los sepulcros!...

—¡Por Dios, caballero! No se arroje usted al agua con ese traje tan bien cortado. ¡Sería una lástima!

—¡A mí qué me importa!

Suelte usted...

—Hágame usted un favor.

—¿Cuál?

—Cambiemos de ropa; a usted le será lo mismo ahogarse de americana.

—Me es indiferente.

—Y a mí me vendrá muy bien su frac.

—Eso de que le vendrá a usted bien... Yo soy mucho más alto.

—No le hace. Yo me creceré. Ande.

—Suélteme usted el faldón.

—¡Cualquier día!

—Es que así no puedo volver la pierna para bajarme. Y me voy a matar antes de tiempo.

—Yo le ayudaré. Agárrese a mi cabeza... Así. ¡Cuidado! ¡Que me desriza usted!... Ahora... Ya está.

Descendido el suicida, rápidamente se cambiaron las ropas. Es decir, el caballero no tuvo tiempo de ponerse las de Lapín, porque Lapín, en viéndose el chaleco puesto y la chistera encasquetada, echó a correr con el frac bajo el brazo y los pantalones a medio abrochar...

Rosina, avergonzada de su afligimiento, había abandonado "El último de los Médicis" y salió a la calle.

Las lágrimas que velaban su vista, y la niebla que velaba la ciudad —porque le tocaba velar aquella noche—la hicieron darse con la verja de una estación del "Metro".

Anduvo como una sonámbula, desorientada en ideas y en ruas, boulevar Saint Germain arriba...

Sólo conservaba un pensamiento fijo: flor prendida en su cabeza.

¿Qué será de Honorato?

De pronto, dió un grito:

¡¡El!!

Había creído distinguir entre la doble niebla de París y de sus ojos parisienses la persona de su amante. Iba de espaldas a ella. Toda jubilosa se lanzó a su alcance y le tiró de la americana...

—¡Honorato! ¡Honoratín!

Al tirón, volvióse el transeunte.

Rosina estuvo a punto de venirse al suelo.

—¡¡Usted!!

Acababa de reconocer en el presunto Honorato al *hombre bien* que le atendiera en el Odeón.

El participó de su sorpresa.

—¿Cómo, señorita? ¿Usted aquí? ¿Y siempre asustada?

Pero el asombro del caballero—en quien ya hemos identificado al barón de Torino—llegó al último límite al ver que la triste joven, en vez de contestarle, le tocaba, miraba y remiraba los pantalones, la americana, el chaleco...

—¿Qué le choca a usted, señorita? ¿Verme con estos trapajos?

—¿Cómo trapajos?

—Por mí no disimule usted, señorita; reconozco que son unas prendas indecentes, y si las llevo...

—¿Cómo indecentes?

—¡Ah! ¿No?

—¡Caballero, esta ropa no es de usted!

—Claro.

—¡¡Usted ha matado a mi novio!!.

—¿Qué está usted diciendo?

—¡¡Sí; usted se lo ha llevado, le ha asesinado y le ha dejado en cueros!!...

—¡¡¡Señorita!!!

Y la pobre *midinette,* víctima del lío que se le había hecho en la cabeza, empezó a dar gritos nerviosos y manotadas en el aire...

El barón la cogió en sus brazos a punto de perder el equilibrio. ¡Desequilibrada!

Al mismo tiempo descubrió entre la niebla el hocico de un jamelgo providencial y de coche de punto.

Llamó al auriga y con su ayuda metió a la accidentada en el coche.

—Hotel Metropol. Volando.

HORS D'OUVRE

Nos creemos en el deber de justificar el cómo hemos venido a estos acontecimientos.

Y fué que viéndose el ilustre barón de Torino en paños menores, sintió un frío que le pareció el de la muerte... y muy desagradable. Esta circunstancia, unida a la de que su decisión de arrojarse al Sena sólo obedecía a una momentánea sugestión, hija del exacerbamiento de su neurastenia a que dió lugar el incidente del teatro, y que se aplacó con la *deshabillè,* le hicieron desistir de su suicidio.

En consecuencia, sacó el pie que ya tenía puesto en la barca de Caronte

y lo metió en los pantalones de Honorato, dispuesto a proseguir en el mundo.

Terminado que hubo de vestirse, rompió a caminar, piensa que te piensa... A los pocos pasos advirtió que, durante su crisis, había perdido como una *cosa* todo el exaltado amor en que ardía por la Dolche...

Y un poco más allá se le vino a la mente la imagen suave, humilde y dulce de la joven que diera un ¡ay! en el *foyer*.

En esto, se sintió tirar de la americana...

Lo demás, por sabido se queda.

Monna Dolche, la piedra angular de estos sucesos, enfadada con su Rodríguez, no quiso volver a su cuarto hasta la tercera jornada de "El último de los Médicis".

Cuando entró, el general se hallaba tranquilamente tumbado en una especie de edredón con patas, último grito de la comodidad en muebles, fuma que te fuma.

Al verla se puso en pie e hinchó el pecho y los carrillos para decirla:

—Ya he solventado ese asunto de las florecitas.

—¿Sí? ¿Cómo?

—He metido a tu galán tal puntapié en la base del tronco que a estas horas debe estar pasando por Marte.

—Pero ¿vino aquí?

No; le hice yo llamar en tu nombre, para darle... las gracias más expresivas.

—¡Oh! ¡Qué innobleza! Eso es una emboscada impropia de un general.

—En mi país las emboscadas son generales entre los generales.

—En tu país puedes ser todo lo generalmente bruto que quieras; pero estás en mi patria y en mi cuarto y lo que has hecho con ese caballero no tiene nombre.

—Sí lo tiene: se llama papilla.

—¡Eres un rufián!

—¡Monna! ¡Que no estás en escena!

—¿Qué habrá pensado ese caballero?

—¡Y dale con el caballero; si es un pobre diablo!...

—Aunque fuese un ángel rico; su galantería era estimable; yo la consideraba.

—¡Monna!

—Monna te dará mico si reincides en tu bárbara conducta.

—No me amedrentas. Procederé igual que hoy con todo aquel que a ti se acerque; le partiré la cara.

—Te saldrá caro.

—Ya lo veremos. Soy un tigre.

—Haré que te enjaule mi amigo el prefecto.

—No podrá. Soy un tigre de campanillas.

—Y yo una serpiente de cascabel.

.....

Al tiempo del desarrollo de esta escena de Garcilaso, Lapín hacía su entrada triunfal en el Odeón. Adquirió una butaca... con dinero del barón que hallara en un bolsillo del chaleco.

Dos "botones" se precipitaron para abrirle la puerta del *foyer*. Lapín los contempló un momento. ¿Se me habrán caído a mí esos dos botones?... Iba jovial.

Siguió andando con la cabeza tan erguida que parecía próxima a disparársele como el corcho de una botella de Moet Chandón.

El acomodador de la cafetera, al vérsele venir, empezó a restregarse los ojos. Cuando le pasó por delante, omnisciente, fué tal su atolondramiento, que se quitó la gorra, le hizo una reverencia del tiempo del Rey-Sol y se fué quedando en cuclillas...

Pasillo adelante, Honorato se creyó en el deber de toser tan fuerte —sin duda para justificar su aire de importancia—que se le hubiera creído víctima de la tos ferina.

—¡Chico!

Acudió el groom-bombonera; a dos pasos, por poco se cae de espaldas. Le había reconocido.

Honorato no le dió tiempo a reponerse.

En tren de Maharajha de Kampurtala, tiró de cartera—de la cartera del barón, claro está—y sacó al desgaire una tarjetita.

—Toma; pasa recado a la señorita Dolche.

Pero al tiempo de entregarla, temió que aquella tarjeta fuese el anuncio de una manícura y la leyó de reojo:

Plácido Rodríguez

Ex presidente de la República de Macanas.

¡Oh! ¡Un ex presidente el suicida!... ¡Brutal! Identificarían su cadáver por Honorato Lapín, según documentos... Y Honorato Lapín gozaría de su personalidad cerca de Monna...

¡Monna era ya pan comido! (¡Cielos! ¡Qué ordinariez!) No digamos pan, digamos *puding*.

El groom recogió la tarjeta y tontomudo del asombro entró de espaldas en el camerino.

....

La disputa entre ambos amantes estaba en su *desiderátum*.

—Señorita: este caballero espera en el pasi...

—¡¡Trae!!

Rodríguez echó una zarpa a la tarjeta.

—¡Ahora verás lo que hago yo con éste!

—¡Per la madonna, Plácido!...

Pero la Dolche se detuvo en su movimiento coercitivo y emoliente. Su amante al echarse la tarjeta a la cara había dado un salto de juglar y un grito de piel roja:

—¡¡Yo!!... ¡¡Soy yo este tío!!

—¿Qué dices?

—¡¡Que se me va la cabeza!!

—Pero ¿qué pasa?

—¡¡Que pase!!

—¡¡No!! Tú estás loco, Plácido. Aquí no quiero escenas. Sal y cómete a ese hombre, si te apetece, pero en el pasillo. En mi cuarto no quiero cadáveres.

—¡Si se trata de un fresco!

—Bueno, pues no quiero que entre ese fresco. Va a haber corriente. Vete tú.

Rodríguez salió como un búfalo.

Lapín no tuvo escape. Decidido a morir se subió rápidamente el cuello del frac, se echó el sombrero sobre el bigote y se volvió de espaldas...

El *groom* se lo indicó al general.

—Este caballero.

—¡Hola!—Rodríguez se le acercó con la tarjeta en la mano, cínico.—¿Es al señor ex presidente de la República de Macanas a quien tengo el honor de saludar?

—Ser... ser... vidor.

Una suerte de garfio agarrándole a la solapa le metió un tantarantán

centrípeto que a poco más le desnuda. La chistera se le corrió a una oreja... Su rostro quedó en descubierto...

—¿¿Usted??—bramó Rodríguez.

Y la enorme sorpresa, aflojándole los músculos le hizo soltar la solapa.

.....

Por segunda vez, el acomodador de la cafetera no pudo explicarse qué *cosa* era aquella que le había pasado ante los ojos.

Cuando el auténtico ex presidente, escapada su presa, volvió al cuarto de su *maitresse,* no había nadie.

¿.....?

Un papel sobre el edredón con patas.

"En vista de tu reincidencia considero terminada nuestra intimidad. Voy a morir al escenario; cuando termine y vuelva no quiero encontrarte. Anda y que te cepillen

Monna."

Rodríguez, sarcástico, sonrió al papel y le dijo:

—Eres una cómica muy cómica; mas yo también, como buen político, entiendo de farsas. Ahora, hago que me voy... pero vuelvo.

Caló la chistera, requirió los guantes, miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

DEJANDOSE CAER

Así como Rodríguez era un caso de psicología, Lapín era un caso de priapismo de origen neuropático.

Así tan sólo se comprende que encontrándose de nuevo en la calle y en la callejuela sin salida de su macaso duplicado, no desistió de su empeño, sino que adquirió ardores noveles.

En su opinión la *cota* estratégica que había de proporcionarle el triunfo estaba en ser visto por la Dolche.

¡A ella, pues, a sangre y fuego!...

Se situó ante la puerta posterior del Odeón, por donde, agotado "El último de los Médicis", habrían de salir los artistas.

Un automóvil estupendo, el de Monna, sin duda, esperaba.

A Honorato le brotó bajo el sombrero una idea tan estupenda como el automóvil.

Y la puso en práctica.

Desfiló el público, empezaron a comparecer señores afeitados y señoritas retocadas... ¡Ya!

La Dolche, magnífica, enrollada en un abrigo de piel de tigre se introdujo rápidamente en la coquetona "carrosserie". Paff... paff... El auto

arrancó, describiendo, con la elocuencia de Castelar, un semicírculo...

Varios transeuntes lanzaron un grito de horror.

Un elegante joven yacía sobre el asfalto, revolcándose y dando aullidos...

Era Honorato que, al virar el auto, había hecho como que cruzaba y se había dejado caer junto al guardabarro, diciendo a voces: "¡Muerto soy!..."

Gran revuelo. Gente que se precipita y amontona. Insultos al *chauffer*. Detención del auto.

La Dolche que desciende, pálida, con una manita sobre una oreja...

—Súbanle al coche... al coche...

Le metieron en él como un pelele. Monna, después, heroica...

—¡Vuela, David! ¡A la clínica de urgencia!

Pero apenas había arrancado el auto, el moribundo suprimió sus quejidos, irguióse y cogiendo una mano de Monna estereotipó en ella un beso que hizo un hoyo.

—¡Dios mío! ¿Qué hace usted?

—¡Envenenarme!

—¿No le basta con estar herido?

—¿Herido? ¡Ja, ja!

—¡Ah, vamos! Usted es un ladrón de frac. Coja usted mis alhajas.

—Guárdese usted esas chucherías. ¡Yo quiero sus labios!

—¿Quién es usted que tanto monta?

—¿Yo?...—Honorato se quedó un momento más cortado que la mojama, porque todavía ignoraba quién era; pero en seguida—¡zás!—tiró de cartera y allá te va tarjetita.—Yo, soy este.

Monna, intrigada, verdaderamente, leyó a la luz del coche:

GAETANO RINIMI
Barón de Torito

¡Oh, señor barón!—Y asomándose por la ventanilla: —¡David! ¡A casa!

CHUPANDO DEL YOTE

Rosina no se acordaba de Honorato...

Honorato no se acordaba de Rosina...

Rosina gozaba el puro amor del barón de Torino...

Honorato gozaba la impudicie de la Dolche...

Ambos eran felices, comiendo, si no perdices precisamente, *foie-grass,* aun cuando Rosina al ingerirlo derramaba abundantes lágrimas, porque el barón, en un alarde de cultura, le había contado los malos tratos de que eran objeto los pobres patitos para ponerles el hígado apetitoso.

Lapín, sobre todo, instalado en casa de Monna, gastando el dinero de ésta—que un título abre crédito hasta en el templo de Venus Citerea—y el que encontrara en los bolsillos del terno del barón, se sentía en el éter celestial. Considerando, además, que su dicha nacía ya efímera, con vicio de nulidad por mor de que aquella comedia que representaba ante la cómica no podía llevarse muy lejos, se aprovechaba cuanto le era posible, y ávido chupaba del *yote*; y decimos *yote* en vez de *bote* porque nos parece más distinguido.

Dos días llevaba en un ajetreo pasional ininterrumpido.

La Dolche resultaba en la dinámica del amor una verdadera corintia. "Corinthia videres, corpore quœstum factura". (Erasmo.)

Conocía al dedillo el "Mille modi veneris", que dijo el señor Ovidio; los doce sonetos del Aretino y los ritos de las divinidades paganas Volupia, Strenua y Viriplaca, presidentas respectivas de la voluptuosidad, el abrazo y la buena postura...

De modo que Honorato pudo decir con Salomón, canturreando el cantar de los cantares: "¡Cuán dulces tus caricias! Más valen que el vino y el olor de tus perfumes sobre todos los aromas. Panal que destila son tus

labios; miel y leche debajo de tu lengua, y el olor de tus vestidos como olor del Líbano... Tu seno es una taza torneada llena de vino aromático; tu cuerpo, como montón de trigo cercado de lirios. Tus dos pechos como dos cervatillos mellizos de corza... ¡Cuán hermosa eres y qué graciosa, amor mío, en la hora de las delicias!" (Traducción francesa de Renán.)

Sin embargo, nos da en la nariz que estos excesos no eran del todo espontáneos en Monna. Sospechamos que se proponía entontecer al *rico aristócrata* y llevarle al altar...

¡Oh, cuitada!

La ambición misma le nubló toda desconfianza y los detalles *suobitas* del peletero.

Lo único que a éste le amoscaba un poco era el fetichismo de Monna por la música.

De cuatro a cinco, decía ella que era "la hora de Mozart", y sentándose al piano la tomaba con el "andante de la cassation en sol" o con las "romanzas sin palabras", y no lo soltaba hasta consumir los sesenta minutos.

A Honorato, nada artista, le resultaba intempestiva aquella "hora de Mozart". Pero Monna no cedía y, por si era poco, tarde hubo que continuó en la banqueta y ejecutó el "largo" de Handel.

Lapín protestó. Aquello era ya indigesto. ¡Encima de Mozart, un largo!...

Luego de *hacer* música, tomaban el té juntitos. El primer día de éxito, Lapín, que en su vida se había hallado ante una taza de té tan rubicundo y aromático, dejó escapar una exclamación de gozo: ¡Hombre! ¡Me alegro de ver te bueno!

El criado que llevaba el servicio le dió las gracias, suponiendo otra cosa.

Era entonces, en la "hora del té", cuando Lapín se resarcía de la "hora de Mozart". Naturalmente, le gustaba más tomar pastas que tomar notas, aunque fuesen fusas.

El día cuarto, por la mañana, Lapín tuvo el capricho de presentarse en "La orgía en pieles", con *su* automóvil y *su* frac.

—A ver, una gola, para señora de unos ocho luises.

Y los soltó sobre el mostrador.

La estupefacción fué general de brigada. Le Rouchefoucauld y la dependencia en pleno creían ver visiones. Y a fe que no se equivocaban; porque Honorato era una visión.

Tomó la gola, tomó el auto... y engordó tres kilos.

HASTA QUE LLEGO LA CATASTROFE

Una mañana, luego del desayuno, Monna se empeñó de repente en que Lapín se quitase el pijama (que pertenecía a Rodríguez), se subiese la manga de la camisa y enseñase el brazo derecho.

—¡Pero, Monna mía!—clamaba Lapín.—¿Estás ebria? ¿Es posible que te hayas emborrachado con chocolate?

—No; pero es un capricho.

—Es una toninada.

—No te importe, monín; si es cierto que me adoras, súbete la camisa.

—Jamás, mientras no te expliques.

—¡Eres heroico! Te niegas para no horrorizarme. ¡Gracias, encanto!

—No hay de qué, hermosa; pero no sé de dónde sacas que mi brazo pone los pelos de punta.

—¡Eres grande! Tu discreción, tu delicadeza, tu silencio son sublimes. ¡Ahora te amo más!

—¡Atiza!

—Súbete la manga y pondré el bálsamo de mis besos sobre tu herida.

—¡Caray! ¿Mi herida? ¿Qué dices?

—¡Ea, tontón! No disimules más. Se te agradece, pero ya lo sé todo. Toma y lee...

Honorato tomó el periódico que le tendía su barragana y leyó con los ojos muy abiertos:

"Ayer mañana, en un hotelito próximo a Enghién, jugando con unos sables dos caballeros de la buena sociedad, el general americano don Plácido Rodríguez y el joven barón de Torino, tuvo el segundo la desgracia de sufrir una herida leve en el antebrazo derecho. Hallábanse presentes, en el momento del percance, cuatro íntimos amigos de dichos señores. Lamentamos la cosa."

Aquello era un duelo.

Honorato se quedó de una pieza.

Monna, con su mirada más dulce y su voz más dulce le echó los brazos al cuello.

—¡Alma! ¡Y fingiste salir a comprarme una gola!...

—¿Qué quieres... yo?...

—¡Súbete la manga!

En esto entró una doncella con un delantalito que parecía una hoja de parra en blanco.

—Señorita, ahí está una joven que trae un encargo de la señorita.

—¡Ah, sí! Que pase.

Pasó. Y era Rosina. Rosina, sí, que llevaba un nuevo modelo de paraguas de gasa impermeable.

Apenas apareció en la puerta—plaf—soltó dos cosas: el paraguas y un grito agudo.

—¡Honorato!

—¿Eh?

—¡Tú aquí, Honorato!... Soy yo, Rosina; tu Rosina. ¿No me reconoces?

—¡Qué la iba a reconocer! ¡Un cuerno! ¡Y qué cara la suya!... ¡Colorada, colorada y entontecida!...

—Joven—intervino Monna con enojo—, no sea usted imprudente. Se confunde usted. El señor barón se llama Gaetano y no creo...

—¿Tú, barón? ¿Tú eres ya barón?...

—¡Toda mi vida, joven!

—¿Joven, yo? ¿Ya no me tuteas?

—¿Tutearla?—bramó la Dolche; y como si un rayo de luz le hubiese caído en el cerebro, se encaró con Lapín altanera:— ¡Es usted un crapuloso, señor barón de Torino!

—¿De Torino? ¡¡Ay!! ¡¡Ay!!...

Rosina echó las piernas por alto con un ataque de nervios. ¡Estas rosas de abril!...

Se precipitaron en su auxilio.

—¿Ves, Monna?—se atrevió a observar Honorato—. Esta chica es una epiléptica. Ahora lo comprenderás todo, porque no ignorarás que la epilepsia antes del ataque produce alucinaciones.

—(Lo habrá leído en el "Je sai tout".)

—Sí, sí; ya caigo; perdona, cielo—repuso la Dolche, mientras metía sus deditos en el agua de un florero y los sacudía junto a los carrillos de Rosina.

Pero ésta no volvía en sí. No volvía, no. Sin duda se había ido muy lejos.

Honorato inició uno de sus mutis famosos...

—¡Eh! ¿Dónde vas, hombre?—le atajó su amante.

—Por el éter.

Bien hubiera querido él en aquel momento *ir por el éter* en un aeroplano.

—No te muevas de aquí. Anda, dale cachetes en los tobillos.

Honorato hubo de obedecer, aunque por su gusto no era en los tobillos donde le hubiera él dado cachetes a Rosina.

.....

Tan y mientras—que dijo el cardenal Cisneros—el *veritable* barón de Torino, el Gaetano de Rínimi sin trampa ni cartón, con su brazo en cabestrillo, se sentía engullir por una devoradora impaciencia, frente al portal, en espera de su pequeña amiga, a quien—como todos los días anteriores—había ido a recoger en "Le Printemps".

Al rato, la impaciencia se le trocó en inquietud, y cuando la inquietud fué creciendo y entró en quintas ya no pudo soportar más. El amor—que es "fuerte como la muerte"—le puso de un metido en el tramo tercero de la casa.

Allí percibió los gritos histéricos de su paragüera querida, y cuando la doncella del delantalito de hoja de parra le abrió la puerta, se entró por el domicilio de la actriz como si le hubiesen abierto el chiquero.

¿Le arrastraría el *cabestrillo* en que llevaba un brazo?

Allá te va.

De una zancada hizo irrupción en el gabinete escenario de este *vaudeville*. Detúvose en *panne* momentánea, pero en *tañando* a su *peque* accidentada se lanzó a su lateral, atropellando toda cortesía.

—¡Caballero! ¿De dónde ha salido usted?

El caballero no hizo caso; tiró el sombrero y el bastón sobre el "linoleum" y arrodillándose junto a Rosina se lió a gritos románticos:

—¡Angel! ¡Serafín, mío!... ¿Qué te han hecho a ti? ¿Qué te ha ocurrido a ti? ¡Habla! ¡Responde!... ¡Revienta!...

La corintia y el peletero se miraban estupefactos.

—Yo me voy—dijo de pronto éste—. Yo no puedo ver estas cosas.

Monna le agarró del pijama.

—¿Estás loco? ¡Tú, el épico!... ¡Cumple con tu deber!

Colocado en la catapulta, Lapín, con diez de mosqueo y 300 gramos de pánico, porque había reconocido al barón, tocó a éste en el hombro.

—¡Eh, amigo!...

—¡Déjeme usted en paz!

La Dolche, subrayó la protesta, sarcásticamente, como buena cómica:

—Sepamos al menos a quién debemos el honor de esta visita.

—Soy el barón de Torino.

—¡Está usted fresco!

—¡Señora!

—¡Señor!... Si usted es quien dice ¿quién es entonces este caballero?—indicó a Honorato.

Rínimi, fijándose en él, repuso con un aplomo desconcertante:
—Ese caballero es un sinvergüenza.
Monna volvió los ojos hacia Lapin.
Pero Lapín... ya no estaba.

Don Plácido Rodríguez, ex presidente de la República de Macanas, que *volvía* por sus fueros amatorios, según se prometiese, se lo encontró en plena escalera, bajando los escalones de cuatro en cuatro.

Le reconoció al momento; comprendió que llevaba prisa y al pasar por su lado le ayudó a bajar.

Gracias a la bondad de Rodríguez el transido Lapín descendió los dos últimos tramos de una vez...

TANAGRA DE REMATE

Honorato Lapín ha terminado en lunático.

Y decimos en lunático porque está de dependiente en una tienda de lunas.

Pero al dueño no le satisface. Le empaña todo el género a suspiros.

Menos mal que después coge una esponja, la empapa en sus lágrimas y deja las lunas como nuevas.

Estas lágrimas de Honorato Lapín, son su dolor que se liquida por derribo...

¡El derribo de sus ensueños!

XILOFON

No estoy muy seguro de si es xilofón o colofón eso que se pone al final de ciertas cosas; en la duda opto por lo que a mí me parece que suena más; y lo que más suena es un xilofón.

Este xilofón no es mío. Yo hice esta novela que acaban de leer ustedes en la villa de París, durante la pasada primavera. Mi íntimo amigo el gran poeta indio Amín-el-Kujud, célebre en todo el mundo civilizado por su prosa revolucionaria, sentimental, fastuosa y trascendente, se empeñó en ponerme el comentario *finalis*—siguiendo la costumbre hebraica que reflexiona acerca de la acción referida en la obra—, y como él es muy fino, hubo de resultar *un finalis finolis* que avalorará esta novela hasta el punto de que bien pudiera darse por ella no la canina perra obesa que han soltado ustedes,

sino las cuatro vacas gordas de que nos habla el Génesis, con las cuatro vacas flacas de propi.

Atajando la opinión de mal gusto de algún lector de poco más o menos, que poco empapado en la literatura de Oriente prejuzgue que este xilofón no pega al pie de este relato, he de hacer constar que Amín ha escrito su comentario con goma arábiga; de manera que si no pega no será por falta de buena voluntad, señores.

El Kajad, de quien Cansinos Asens ha tomado mucho, escribe en salmos; pero como la longitud de esta publicación no permite tales excesos, se ha reducido el hombre y ha compuesto un salmo corto, breve, diminuto, un salmonete, en una palabra.

Ahí va eso.

SALMO

La criatura humana está sujeta a la pasión como los dátiles a la palmera. Y yo tengo diez dátiles. Y he ido por el mundo poniéndolos en manos de mujeres; pero los dientes diminutos, los diminutos dientes, los dientes diminutos de las hembras se han clavado en ellos con maldad de lobas. ¿Lo vas entendiendo, paisano?...

Es noche el deseo, y, sin embargo, hace sol: sol de luz de esperanza y de fuego, de sangre encendida, como una tea. ¡Hay que ver, qué tea!...

Así el Lapín, hombre al fin, a fe de Amín, aunque tendero, representa en esta obra el vértigo del espíritu hacia la perfección de la forma material, y como esto es justo, todo lo arrolla y lo atropella audazmente, porque en el Salmo 91 se dice: "El justo crece en fortaleza, como el cedro del monte libano."

Por otra parte, dice el Exodo vigésimo: "No codiciarás la casa de tu próximo, ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de las que le son propias"; pero nada dice de la socia a quien se mete en casa como quien mete un trozo de carne de membrillo, para que sirva de deleite en la hora de las gansadas superfluas.

Así el Lapín, hombre al fin, a fe de Amín, es un hombre puro que se enciende (circunstancia que no se da en todos los puros) en el seno de una cómica, tal que una lámpara votiva en un templo moderno con calefacción. (¡Que imagen ésta del templo!)

Y su incendio fué venerable, como el de la pira de un héroe griego. ¡Vaya pira!...

Y la ducha de triste fatalidad que le sofoca, debe sofocarnos tam-

bién a nos, porque nos habla de la crueldad de la vida y de la crueldad de los vivos.

Y nos dice que en este páramo redondo, mal llamado mundo, el galápago no puede ser perdiz, ni la perdiz paloma, ni la paloma avión, ni el avión cóndor...; y el que se eleva más de la cuenta se despampana.

¡Oh, el dolor macerante de los hombres que son como patos y pretenden safar a las águilas! ¡Oh, el dolor macerante de los hombres que son como gorgojos y pretenden gustar de las cimas! ¡Oh, el dolor de las muelas!...

Pero, ¿qué queréis? El Deminogo lo hizo así y así hay que tomarlo.

Honorato Lapín no es, pues, un vulgar protagonista de un romance desenfadado: es toda una figura representativa plena de enseñanzas acres.

Meditad sobre ella, meditad. Meditad mucho. La meditación es rica savia que nutre el arbusto de la inteligencia y la fructifica.

Meditad, repito. Y si meditando os quedáis como troncos, tanto mejor. El sueño alimenta.

Llamó Dios a Agar y le dijo: "Ven acá, Agar; ven a mí, tú que no has salido a tu surco..."

También esto es para pensarlo despacio.

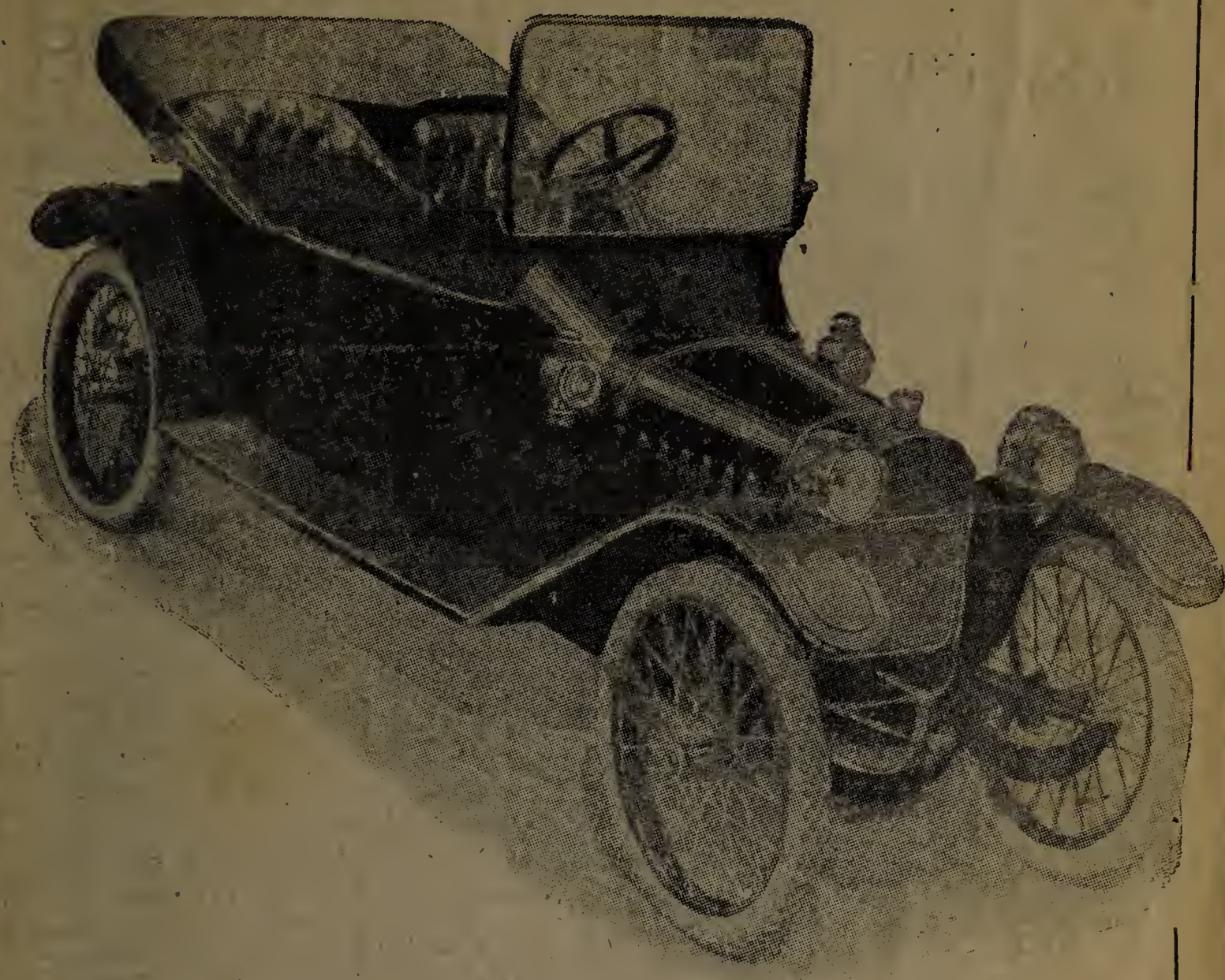
Y nada más.

Y... bueno, ¿pa qué?

AMIN-EL-KUJUD."

Fernando Luque

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN
Travesía del Conde Duque, 9 y 11
MADRID



Todo el mundo en Automóvil

Automóviles al alcance de todas las fortunas, aun de las más modestas.

Muy pronto daremos á conocer nuestra marca y precios sin competencia.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Precios de inserción: UNA PESETA anuncio de UNA A DIEZ palabras. Cada palabra más: DIEZ CENTIMOS. El original del anuncio (*acompañado de su importe* en giro, libranza o letra de fácil cobro) deberá remitirse diez días antes. Máximum de palabras, 25. Al importe de cada inserción se añadirán DIEZ CENTIMOS por el *impuesto del Estado*. La Administración *se reserva el derecho de devolver, con su importe, el original de cualquier anuncio* cuya inserción no juzgue conveniente.

CORREOS Academia Sánchez Pacheco, Arenal, 24, principales, 2.º y 3.º. La más antigua, de mayores éxitos. Internos, externos.

AUNQUE te parezca increíble digo queriéndote mucho. Avísame para verte. Hasta siempre.—Payaso.

ACADEMIA Jiménez Soriano para ingreso en Correos. Pídanse detalles y resultados en anteriores convocatorias.—Huertas, 37.

LILI, imposible vivir sin noticias. La suerte no nos favorece. Ansío día vernos.—X. Z.

EL FUSIL Semanario radical, órgano oficial del sentido común; hace un disparo todas las semanas. CINCO céntimos en toda España.—Administración: Travesía del Conde Duque, 9 y 11.

PHKIJ, wmhva pymzu sjvh dvnjs ndmk.—CH. 25.

ORTOPEDIA PRIM Gran casa constructora de toda clase de aparatos ortopédicos. Piernas, brazos, fajas, bragueros. etcétera. Preciados, 19. Madrid.

IDEAL mi vida. Tarde domingo último, estabas preciosa como siempre. Enamoradísimo. Cuánto tarda llegar temporada Real.—Mefistófeles.

EL LIBRO de una madre, por Paulina L***.—Traducción de Manuel Angelón (única autorizada en España).—Forma un lujoso tomo en 4.º, encuadernado en rústica, 4 pesetas.

JOSE LUIS, ¿te consideras molestado? Hace siglo para mí no recibo carta. Justas mis quejas que parecen duras. Es cariño.—Nenitina.

HERNIADOS, usen el acreditado "Herniario Prim" por ser el que mejor contiene las hernias. Ensayos gratis.—Preciados, 19, Madrid.

CHATIN, esta tarde palco Princesa. Dame alegría verte.—Circe.

CASA amueblada, baño, calefacción central, desea alquilar matrimonio solo. Escribid: Apartado Correos núm. 648.

PENSION para estudiantes Se admiten estudiantes de facultades y preparaciones especiales. Este Centro se encarga de la vigilancia, asistencia a las clases, manutención, etcétera. Antes de enviar estudiantes a Madrid, escribid Apartado Correos núm. 636.

ANUNCIOS para esta sección pueden remitirse a la Agencia Colomina: Fuencarral, 13 y 15. Teléfono 805.

ESCALANTE y CEBALLOS Grandes talleres de fotograbado.—Madera, 8, estudio.—Teléfono 697.—Madrid.

MUÑECO, preciso sacrificarnos. Grave peligro. X h p llegará esta semana. No te olvida.—Chacha.

AMELIA Bori (Mamey, Santa Clara, Isla de Cuba). Cambia postales, firma y sello lado vista.

GUARDIA Civil, licenciado, joven, casado, sin hijos, se ofrece para conserje, cobrador o carga análogo. — Miguel Angel, núm. 20. Madrid.

PARA pedidos de números de LA NOVELA COMICA en Barcelona: Paseo de Gracia, núm. 115.

1.000 gabanes ingleses forro seda, últimos figurines, se liquidan urgentemente por cesación de industria. Venta de espejos y demás enseres. — Costanilla de los Angeles, 14, entresuelo.

GODNI para cortaduras, golpes y erupciones. Pídase en todas las farmacias. Resultados excelentes. Dos pesetas frasco.

JOVEN español desearía sostener correspondencia con señorita francesa, sepa español. Escribir cédula 21.703. Lista particular, calle Ancha, Madrid.

(MARCA REGISTRADA)

MANZANILLA ROMANA
"ROMULO Y REMO"
SELECCIONADA

Regularizadora del intestino◇Estomacal y antibiliosa◇Preventiva de la obesidad
Medicación naturalista

BOTE para CIEN tazas, UNA peseta. BOLSITAS para DIEZ tazas, DIEZ céntimos. Pídase en Farmacias, Droguerías, Colmados, Cafés y Restaurantes de toda España.

DEPOSITARIOS: PEREZ MARTIN Y COMPAÑIA.—ALCALA, 7.—MADRID
Agente depositario en Barcelona: JOSE ESCUDER.—BAILEN, 95 y 97.
DESCONFIESE DE LAS IMITACIONES

LA AVARIOSIS DESARMADA POR EL

EL DEPURATIVO RADICAL DEL DOCTOR D. RICARDO CAMACHO (SIN MERCURIO) APROBADO POR DOS REALES ORDENES

AVARIOSIS

DEPURATIVO RADICAL A BASE DE ARSENIATO DE SODIO DR. R. CAMACHO

J. IGLESIAS

ELIMINACION RAPIDA DEL TERRIBLE VENENO DEL MERCURIO
De venta en todas las buenas farmacias de toda España.—Envíos a provincias. 6 frascos, 36 pesetas. Correspondecia y Giros al representante general: D. Juan Vassallo, Hermosilla, número 25, Madrid. Depositarios: Pérez Martín y Compañía, Alcalá, núm. 9.

UNGUENTO ZAPATA El mejor antihemorroidal.—Cien años de éxito.—Farmacia G. Pamo. SANTA ISABEL, núm. 15.

AGENCIA COLOMINA Exclusiva para publicidad en esta NOVELA. Fuencarral, 13 y 15. Teléfono 805.

Fábrica de ropa blanca y confección

MERINO Y NAVAS
Atocha, 18, y Relatores, 2

Equipos, Camisetas, Blusas para señora. Ultimos modelos en trajecitos para niños.

PRECIO FIJO

NEOSALVARSÁN

Y SALVARSAN

Farmacia Gomez-Pamo

Santa Isabel, 15

3 0112 117488715

AGENCIA: PUERTA DEL SOL, 5. MADRID